



Eje IV: "Hacia una comunidad organizada y un Estado transformador". Nueva estatalidad, democracia y movimientos populares

Mesa 14: Democracia y organizaciones populares

Título de la ponencia: **El Liderazgo Presidencial de Néstor Kirchner: el apoyo de las organizaciones populares como forma de superar la inestabilidad presidencial**

Autor: **Juan Cruz Acebey Marinaro** (UBA).

Resumen

Esta ponencia se propone realizar un análisis del Liderazgo Presidencial de Néstor Kirchner, quien fue presidente de Argentina entre mayo de 2003 y diciembre de 2007. El objetivo es conceptualizar la forma en la que Kirchner pudo pasar de una posición institucional débil, debido a que asumió la presidencia con el 22% de los votos y contaba con escasos apoyos de actores del sistema político, a una posición de estabilidad y fortaleza institucional. Entendemos que la consolidación del Liderazgo Presidencial de Kirchner fue posible a partir de la conquista de Recursos de Poder y la constitución de una nueva identidad política. En dicho proceso de consolidación, las organizaciones sociales, gestadas como resistencia al neoliberalismo, le brindaron un fuerte punto de apoyo a Kirchner. En ese sentido, la conformación de una nueva identidad política que integraba a estos actores fue clave para que Kirchner pudiera cerrar una etapa marcada por la inestabilidad presidencial.

Palabras clave

Liderazgo Presidencial; Néstor Kirchner; Recursos de Poder; Democracia Presidencialista de Baja Institucionalización; Identidad Política

Introducción

Néstor Kirchner llegó a la Presidencia de la República Argentina el 25 de mayo de 2003 y completó su mandato el 10 de diciembre de 2007. Nuestro objetivo es poder indagar y conceptualizar la forma en la que Kirchner pudo pasar de una marcada debilidad al

momento de asumir —ya que sólo había sido votado por el 22% del electorado, no contaba con apoyos de todo el Partido Justicialista, ni tenía la adhesión de movimientos sociales o sindicatos—, a establecerse como un líder presidencial fuerte que gozó de amplios poderes y apoyos. Para ello, realizaremos un recorrido histórico que nos permita contextualizar la forma en la que asumió y cómo se fue desarrollando mientras gobernaba, tomando en cuenta sus medidas políticas y sus discursos, entendiendo que es a partir de éstos que Kirchner pudo ir erigiéndose como líder presidencial.

Para este trabajo, tomaremos ciertos conceptos claves para comprender el desenvolvimiento de la presidencia de Kirchner. Dentro de esos conceptos se encuentran: líder, liderazgo, Recursos de Poder, modalidades de aumento de esos recursos de poder, relación que el presidente Kirchner mantuvo con otros componentes de la arena política. También abordaremos el concepto de Democracia Presidencialista de Baja Institucionalización, un concepto que es propio de América Latina a partir de las particularidades que presentan las democracias en nuestra región. A su vez, abordaremos el contexto de asunción de Kirchner marcado por una crisis de representación, y señalaremos que su llegada y el desenvolvimiento de su liderazgo dieron lugar a la construcción de una determinada identidad. Para ello tomaremos el concepto de mito populista. Otro concepto que utilizaremos es el de Posición Político-Institucional (PPI) el cual es un concepto clave para comprender el desenvolvimiento de los presidentes sudamericanos, ya que permite abordar los recursos que posee y la relación que mantiene con los demás actores de la política.

El artículo estará estructurado en tres partes. Un marco teórico, en el cual expondremos los conceptos teóricos que son fundamentales para abordar un liderazgo presidencial y que hemos mencionado en el párrafo anterior. Una segunda parte articulará esos conceptos con el desenvolvimiento de la presidencia de Néstor Kirchner, es decir que tomaremos ciertas medidas o hechos específicos del gobierno de Kirchner que den cuenta de la aplicabilidad de esos conceptos en su liderazgo presidencial. Por último, esbozaremos algunas conclusiones sobre el liderazgo presidencial de Kirchner y la manera en la que logró consolidarse.

Marco teórico

Para iniciar, nos parece pertinente explicitar la noción de Democracia Presidencialista de Baja Institucionalización (DPBI) término acuñado por María Matilde Ollier. Es importante comprender las características de las democracias sudamericanas, en la medida que constituyen el marco sobre el cual se desarrolló el liderazgo que hemos

seleccionado. Para Ollier (2010) las democracias en Sudamérica, a excepción de Chile y Uruguay, presentan una serie de rasgos que la llevan a conceptualizarla como democracias de baja institucionalización. Esta definición remite, en primera instancia, a que las reglas escritas no son estables o no se aplican en su totalidad.

El concepto de DPBI va acorde con lo señalado por Levitsky y Murillo al concebir que la política en América Latina se desarrolla en un entorno débilmente institucionalizado, el cual refiere a “un contexto en el cual (1) el enforcement de las normas es bajo, o bien, existe un amplio margen de discrecionalidad con respecto a su aplicación y (2) en el cual la estabilidad institucional es baja, en el sentido que las reglas formales cambian constantemente” (2012: 18). Es así como en América Latina los cambios institucionales son abruptos y constantes, debido a que las normas nunca terminan de enraizarse. Por ello, la región latinoamericana se caracteriza por su fluidez institucional, la cual se ve reflejada en los sucesivos cambios constitucionales, las alteraciones de los sistemas electorales de cada país y en el desmantelamiento de ciertas instituciones (Brinks, Levitsky y Murillo, 2021). Este patrón institucional propio de América Latina es producto de la debilidad en el origen de las instituciones, ya que éstas no son el resultado de negociaciones y no son aceptadas por todos los actores. Las razones que explican este patrón regional son: la inestabilidad del y en el régimen que ha caracterizado a América Latina; la volatilidad electoral que impide que un actor mantenga poder durante un tiempo prolongado; la influencia que pueden ejercer ciertos sectores socioeconómicos; la importación de instituciones sin tomar en consideración las particularidades regionales; las continuas crisis económicas y sociales que permiten que un actor, el presidente, cree normas sin un control adecuado.

Las DPBI presentan tres dimensiones. En primer lugar, son democracias en las que no hay sistemas de partidos entendidos en su sentido clásico como los que existen en Europa. En lugar de sistemas de partidos, existen configuraciones partidarias. El término configuraciones partidarias se amolda a las características de los partidos de la región, ya que los partidos políticos carecen, en la mayoría de los países, de estructuración interna y de lealtades sólidas por parte de la sociedad (Cavarozzi y Casullo, 2002). La existencia de configuraciones partidarias deviene de que las relaciones entre los partidos no están enmarcadas por reglas claras, además de que los partidos son frágiles y a su interior existe una fuerte fragmentación, lo que deriva en que los partidos aparezcan y desaparezcan en un periodo corto de tiempo. En segundo lugar, el poder no proviene únicamente de una estructura partidaria, ya que existen fuentes de poder extrapartidarias, tales como sindicalistas, gobernadores provinciales, empresarios, movimientos sociales, entre otros, actores que cuentan con cuotas importantes de poder y no se hallan dentro de una estructura partidaria. Y, en tercer lugar, las DPBI se

caracterizan por la existencia de una dinámica presidente/oposición en lugar de la dinámica oficialismo/oposición que se desenvuelve en democracias más institucionalizadas. La centralidad del presidente lleva a la oposición a antagonizar con él y no con su partido o con otros partidos aliados (Ollier, 2010). Dicha centralidad del presidente ha sido calificada de “presidecentrismo”, es decir, una presidencia ubicada en el centro de las miradas ciudadanas y de las expectativas de los diferentes sectores sociales, económicos y políticos. En ese contexto, un presidente puede ser fuerte o débil (Serrafero, 2007). Estos tres rasgos, que se corresponden con la presencia de un entorno débilmente institucionalizado marcado por una elevada discrecionalidad (Levitsky y Murillo, 2012) dan cuenta de una Democracia Presidencialista de Baja Institucionalización (Ollier, 2010).

En ese marco de debilidad institucional pueden surgir liderazgos presidenciales delegativos, caracterizados por la concentración de poder, la subordinación de otras instituciones que son incapaces de controlar las decisiones tomadas por el presidente. Se trata de un rasgo propio de las llamadas “democracias delegativas”, en las que las instituciones, como el Congreso o el Poder Judicial, no ejercen un control efectivo sobre el Poder Ejecutivo (O’Donnell, 1994). Un líder presidencial podrá aprovechar el marco de debilidad institucional y los rasgos de las DPBI en la medida que la estructura partidaria que lo respalda sea la más fuerte del país, que cuente con la subordinación de muchos actores extrapartidarios que poseen cuotas de poder, y que la oposición se encuentre fragmentada, lo que le permitirá al líder subordinar instituciones de control como el Congreso (Ollier, 2010). Sin embargo, existen otras situaciones en las que los rasgos de la DPBI conducirán a la existencia de liderazgos débiles. Estos liderazgos deberán hacer frente a situaciones de inestabilidad que podrán dar lugar a una salida anticipada de la presidencia.

En ese contexto que hemos señalado, teniendo en cuenta que el presidente desempeña un rol central en el sistema, tomamos el concepto de liderazgo político. El líder es entendido como “un individuo particular investido de un poder decisional” mientras que el liderazgo se entiende como “la naturaleza de la acción decisional realizada por ese individuo” (Fabbrini, 2008: 24). De esta manera, el líder es un actor, y el liderazgo es “una relación que se activa para solucionar un determinado problema, o para poner en marcha un determinado proceso decisional” (Fabbrini, 2008: 24). Esta distinción es importante, ya que un líder ejerce el liderazgo en un tiempo histórico y contexto institucional específico, y éstos pueden ir variando. La definición de liderazgo político puede ajustarse al contexto presidencial, y es así que Ollier define al liderazgo presidencial como “la actividad que entraña la forma de gobernar del presidente, la cual

implica los vínculos que el jefe de Estado entabla con los partidos, con los otros poderes del Estado y con la sociedad entendida de modo amplio” (2010: 7).

Un presidente ejerce su liderazgo articulando los vínculos que establece con distintos actores y mediante el uso de Recursos de Poder. Para abordar esta cuestión, cuya comprensión es uno de los puntos centrales a la hora de abordar el desenvolvimiento de un liderazgo presidencial (LP), es preciso partir del concepto de posición político-institucional (PPI) de un presidente, la cual remite a “el lugar desde el cual el presidente ejerce su poder, lo cual supone las relaciones que establece con actores e instituciones, incluida la oposición partidaria, y, por lo tanto, los recursos con los que cuenta para gobernar” (Ollier, 2014: 11). El concepto de PPI permite abordar el poder real de un presidente, determinar si es fuerte o débil dependiendo de las relaciones que mantenga con otros actores y los recursos con los que cuente. La PPI ofrece un marco analítico para determinar si un liderazgo presidencial perdurará o su debilidad lo llevará a tener una salida anticipada.

Ollier (2014) aborda los recursos de un presidente distinguiendo entre recursos objetivos y subjetivos. El análisis de los recursos de los que se vale un liderazgo deviene fundamental para comprender si esos liderazgos logran generar (o no) transformaciones políticas, económicas, sociales e institucionales, y también revalidar sus mandatos. Respecto a esto último, señalamos también que además de revalidar su mandato, un liderazgo puede designar a un sucesor/a y que luego éste/a resulte electo/a en las elecciones. Para Ollier, los recursos objetivos de un presidente son aquellos que se desarrollan en el marco político-institucional, incluyendo así al partido o coalición de partidos que sustenta al presidente, las diversas instituciones sobre las que un presidente se expresa y los actores e instituciones sobre las que un presidente ejerce influencia (sindicatos, movimientos sociales, Fuerzas Armadas, gobernadores, etc.). Por su parte, los recursos subjetivos refieren al uso que el presidente hace de los recursos objetivos con los que cuenta y a partir de lo cual puede generar nuevos recursos mediante sus propias acciones. En ese sentido, un presidente cuenta con políticas públicas, discursos, maniobras políticas, etc.

Para este trabajo tomaremos el marco de análisis propuesto por Fraschini y Tereschuk (2015) y Fraschini (2021), ya que entendemos que dan una mayor precisión a los recursos de un presidente, estableciendo seis tipos de Recursos de Poder (RP), los cuales engloban las distintas dimensiones del poder en la arena política regional. La definición planteada por estos autores ajusta el marco conceptual propuesto por Ollier. Esto es así ya que un presidente puede generar recursos durante su mandato, de forma que éstos pasarían de ser de tipo subjetivos a objetivos. De esta manera, establecer categorías excluyentes de los recursos de un presidente puede dificultar el análisis. Para

comprender un mandato presidencial es necesario partir de la idea de que cada liderazgo presidencial pone en juego ciertos recursos, puede generar nuevos recursos y también puede perderlos durante el desenvolvimiento de su mandato (Fraschini, 2021).

La PPI puede analizarse a partir de la abundancia o escasez de RP que un presidente posee y cuantos posee la oposición. Puntualizando en los RP, comencemos por hablar de los RP institucionales. Éstos remiten al control que el presidente ejerce sobre los distintos componentes del sistema político. Dentro de esos componentes se puede mencionar: al Parlamento (que refiere a si el presidente cuenta con una mayoría propia o en alianza con otros partidos), los gobernadores (si responden al presidente al proceder del mismo partido o son aliados que forman parte de una coalición); y los intendentes; el Poder Judicial, que refiere a la influencia que tiene el presidente sobre éste a través del nombramiento de jueces propios o la ampliación de cuerpos judiciales; las Fuerzas Armadas, en referencia al control que posee el presidente sobre este actor; el partido político, que supone el control e injerencia que ostenta el primer mandatario sobre el partido que lo respalda. A estos elementos propuestos por Fraschini (2021) añadimos el papel del presidente dentro de una coalición. En el caso de que un presidente llegue al gobierno mediante una coalición de partidos, debe considerarse si es el líder de la coalición y si ha sido uno de los actores fundadores de la misma (Carrizo y Galván, 2006).

Cada uno de estos elementos que componen los RP institucionales juega un papel importante en el sostenimiento o caída de un presidente, tal como lo demuestran varios estudios. Comencemos por las Fuerzas Armadas. Si bien Pérez-Liñán (2009) señala que las Fuerzas Armadas ya no cuentan con el poder previo a la tercera ola democratizadora, en muchos casos de crisis presidenciales desempeñaron un rol para sostener a un presidente, mientras que en otras situaciones apoyaron a aquellos actores que promovieron la salida anticipada del primer mandatario. En cuanto al Congreso, el hecho de que un presidente cuente con una mayoría que le permita aprobar sus proyectos puede ser un factor de estabilidad. Sin embargo, la situación de gobierno dividido, la cual es entendida como “aquella situación en la que el presidente no cuenta con mayoría propia en el Congreso, ya sea en una o en ambas cámaras” (Mustapic, 2005: 265), es entendida por la literatura especializada como un factor de inestabilidad presidencial (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Calvo, 2013; Carrizo y Galván, 2006). Cuando un presidente no cuenta con mayoría, se genera una situación de bloqueo entre el Ejecutivo y el Legislativo, lo que imposibilita al presidente de concretar sus planes de gobierno. Respecto al Poder Judicial, éste puede ser entendido como un actor con poder de veto, entendido en los términos de Tsebellis (2006). Los tribunales del poder judicial pueden trabar ciertas medidas impulsadas por el presidente en tanto ejercen control de

constitucionalidad (Bidart Campos, 2006). Por esa razón, un presidente tenderá a tomar medidas que eviten que el Poder Judicial pueda bloquear sus políticas, porque una situación de bloqueo puede derivar en inestabilidad.

Por otro lado, los gobernadores provinciales desempeñan un importante papel en el sistema político, sobre todo en Argentina por el hecho de ser un país federal. La literatura especializada coincide en señalar que los gobernadores son actores de poder con influencia a nivel nacional (González, 2014). En un entorno débilmente institucionalizado, surge un espacio informal de organización política. En dicho espacio, los gobernadores desempeñan un papel clave, ya que controlan aparatos políticos que les permiten imponerse frente a sus rivales internos y frente a otros partidos. Además de contar con los recursos para obtener votos, generalmente controlan a diputados y senadores procedentes de sus provincias. De esta manera, los gobernadores cuentan con un amplio margen de negociación para obtener recursos discrecionales procedentes del tesoro nacional. Para un presidente, contar con el apoyo de la mayor cantidad de gobernadores resulta esencial, porque le garantizan favores electorales, apoyo legislativo y el respaldo del aparato político provincial (Caruncho, 2014; Gervasoni, 2011 y 2012).

El último elemento a considerar es el partido y coalición de partidos que respalda a un presidente. El hecho de que un presidente ejerza el liderazgo de un partido y que éste se encuentre unificado tras su liderazgo es de suma importancia para la estabilidad presidencial. El contar con un partido unificado le garantiza a un presidente contar con aparatos políticos capaces de obtener votos o promover movilizaciones (Caruncho, 2014). Asimismo, le garantiza el acompañamiento del partido en sus propuestas políticas. En cambio, un presidente verá fuertemente afectada su estabilidad si el partido que lo sustenta está dividido. De hecho, se afirma que la situación de partido dividido genera mayores dificultades para un presidente que la situación de gobierno dividido (Carrizo y Galván, 2006; Mustapic, 2005). La existencia de facciones puede dar lugar a la formación de fuerzas políticas que se enfrenten al presidente y también derivan en una falta de apoyo a las propuestas presidenciales. Por último, debe contemplarse la coalición de partidos que sustenta a cada liderazgo presidencial. Lo primero que debe analizarse es el tipo de coalición. Sartori (1994) sostiene que un liderazgo contará con mayor autonomía si es el líder de un partido central acompañado por partidos menores en una coalición asimétrica. En cambio, una coalición simétrica, formada por partidos con similar dimensión y peso político dentro del sistema (Serrafero, 2006), puede convertirse en un factor desestabilizante (Carrizo y Galván, 2006). Esto se debe a que el abandono de uno de los socios de la coalición puede dejar en una situación de debilidad al presidente. Otra situación a contemplar es aquella en la que el presidente procede de

un partido menor dentro de una coalición, lo cual también puede resultar en inestabilidad presidencial.

Luego están los RP sociales, los cuales abarcan el control e influencia del primer mandatario sobre actores sociales. Entre estos actores pueden mencionarse: empresarios, sindicatos, movimientos sociales, movimientos indígenas, entre otros. El hecho de que un presidente ejerza influencia o controle estos actores sociales puede resultar clave para sostenerse en su cargo e implementar determinado tipo de medidas. Un presidente que cuente con el respaldo de las principales centrales sindicales de su país podrá impulsar medidas en el ámbito laboral que sean respaldadas por este actor relevante dentro de la política regional. A su vez, contar con el respaldo del sindicalismo puede resultar clave en la medida que este actor cuenta con una considerable fuerza de movilización (Fraschini, 2021). También podemos mencionar la importancia de que un presidente ejerza influencia o cuenta con el respaldo de movimientos sociales. Éstos han adquirido un fuerte protagonismo a finales de la década de los 90. Los movimientos sociales tienen una considerable capacidad de movilización y una de sus principales formas de realizar reclamos es a través de la protesta callejera. Según el estudio de Pérez-Liñán (2009) la protesta callejera es un factor desestabilizante para un presidente. En ese sentido, en la medida que un presidente cuente con el respaldo explícito o tácito de la mayoría de los movimientos sociales, podrá fortalecer su posición político-institucional.

Un tercer tipo de RP son los financieros, que están compuestos por aquellos recursos que el presidente controla y que provienen de beneficios económicos. Estos beneficios pueden proceder de distintas organizaciones, empresas del Estado, ayuda exterior, otras formas de financiamiento generadas por el propio líder o preexistentes a su llegada al poder y que le permiten financiar sus planes de gobierno (Fraschini y Tereschuk, 2015). Entendemos que, en la medida que un presidente pueda llevar adelante sus programas de gobierno y asegurar estabilidad financiera y crecimiento económico, tendrá más posibilidades de consolidarse en el cargo. En cambio, un presidente que carezca de recursos financieros, esto es, que no pueda acceder a crédito exterior, que no cuente con recursos procedentes de ingresos fiscales, etc., se verá en serias dificultades para llevar adelante sus planes de gobierno y negociar con actores del sistema político.

Por otro lado, se encuentran los RP de estrategia política, éstos refieren a la construcción que realiza el presidente de su liderazgo político a partir del estilo con que ejercen el poder y como son percibidos por la población. Los RP de estrategia política se miden a partir de la habilidad y destreza del líder para crear nuevos escenarios institucionales, la capacidad de imaginar herramientas para resolver problemas de gobierno, la creación de RP para fortalecer su propio liderazgo, aquellas maniobras que

le permiten mantenerse en el gobierno, la capacidad del líder para generar canales de comunicación con la ciudadanía y que eviten que sea debilitado por las críticas (Fraschini, 2021). Durante su mandato, un presidente deberá hacer frente a situaciones problemáticas, y, en esas circunstancias, deberá optar por alguna medida que le permita salir de esas situaciones. Asimismo, los RP de estrategia política abarcan aquellas reformas institucionales que un liderazgo presidencial impulsa con el objetivo de fortalecerse. Estos RP también abarcan los estilos con los que un liderazgo presidencial ejerce el poder y la conducta que encara para relacionarse con otros actores del sistema. Existen distintos tipos ideales de estilo de liderazgo. Algunos de estos estilos están ligados con la manera en la que un presidente se vincula con otras instituciones (por ej., el Congreso). Un presidente podrá tener un estilo de liderazgo decisionista, negociador, de confrontación, entre otros (Mustapic, 2005; Pérez-Liñán, 2009).

La dimensión de la comunicación puede ser entendida como otro RP (Fraschini y Tereschuk, 2015) y remite a si el presidente cuenta con medios de comunicación afines, ya sean tradicionales o nuevos medios que haya creado, la utilización de las redes sociales, etc. Los medios de comunicación, sobre todo después de la tercera ola democratizadora, pasaron a desempeñar un importante rol dentro de la política, ya que pudieron desempeñarse en un contexto de mayores libertades. En América Latina, entre la década de los '80 y los '90, además de que la mayoría de los países volvieron a ser regímenes democráticos, tuvo lugar la expansión de la televisión y la creación de grupos mediáticos. Con esto, los medios de comunicación pasaron a tener un rol muy importante por su capacidad de influenciar en la ciudadanía y entablar acuerdos con actores políticos (Pérez-Liñán, 2009). Por esta razón, el poseer algún grado de apoyo de parte de los medios de comunicación puede ser una garantía de estabilidad para un presidente.

Un quinto RP son los de apoyo popular. Éste se ve plasmado en: el respaldo electoral que reciba el presidente durante los comicios realizados en el lapso de su mandato; la movilización política de las bases del presidente, que puede darse a partir de la convocatoria del primer mandatario; la popularidad presidencial medida en los estudios de opinión realizados durante el mandato del presidente (Fraschini y Tereschuk, 2015; Fraschini, 2021). El apoyo ciudadano, en cualquiera de estas tres vertientes, resulta de suma importancia para un presidente. Algunas perspectivas sostienen que, en un contexto de crisis de los partidos, los presidentes tienden a entablar lazos directos con la ciudadanía, siendo ese un importante sustento de su gobierno (Cheresky, 2008). Asimismo, el descenso de la popularidad del presidente termina siendo un importante factor de desestabilización en la medida que el partido del presidente tenderá a alejarse de éste (Pérez-Liñán, 2009).

Y, por último, se encuentran los RP internacionales. Refieren a la capacidad del primer mandatario de generar o incrementar las relaciones internacionales que le permitan mejorar su PPI; de incorporar al país a estructuras supranacionales que le permitan aumentar sus RP; lograr el apoyo de alguna potencia o de organismos multilaterales que tengan incidencia en la política del país; establecer vínculos con organizaciones supranacionales que le reporten apoyo dentro del país (Fraschini, 2021). El hecho de que un presidente cuente con el respaldo de alguna potencia o que haya insertado al país dentro de un organismo supranacional puede brindarle un punto de apoyo en un contexto de crisis y así evitar una salida anticipada. Además, el entablar relaciones con ciertos países puede dar lugar, también, al ingreso de divisas e inversiones, lo cual puede generar estabilidad económica, y esto contribuye a que un presidente se mantenga en su cargo (Pérez-Liñán, 2009).

Un presidente ejerce su liderazgo articulando los vínculos que establece con distintos actores y mediante el uso de Recursos de Poder. Para abordar esta cuestión, cuya comprensión es uno de los puntos centrales a la hora de abordar el desenvolvimiento de un liderazgo presidencial (LP), es preciso partir del concepto de posición político-institucional (PPI) de un presidente, la cual remite a “el lugar desde el cual el presidente ejerce su poder, lo cual supone las relaciones que establece con actores e instituciones, incluida la oposición partidaria, y, por lo tanto, los recursos con los que cuenta para gobernar” (Ollier, 2014: 11). El concepto de PPI permite abordar el poder real de un presidente, determinar si es fuerte o débil dependiendo de las relaciones que mantenga con otros actores y los recursos con los que cuente. La PPI ofrece un marco analítico para determinar si un liderazgo presidencial perdurará o su debilidad lo llevará a tener una salida anticipada.

Si bien Ollier (2014) aborda los recursos de un presidente distinguiendo entre objetivos y subjetivos, para este trabajo tomaremos el marco de análisis propuesto por Fraschini y Tereschuk (2015) y Fraschini (2021), ya que entendemos que dan una mayor precisión a los recursos de un presidente, estableciendo seis tipos de Recursos de Poder (RP), los cuales engloban las distintas dimensiones del poder en la arena política regional. Es así que una PPI puede analizarse a partir de la abundancia o escasez de RP que un presidente posee y cuantos posee la oposición. Puntualizando en los RP, comencemos por hablar de los RP institucionales. Éstos remiten al control que el presidente ejerce sobre los distintos componentes del sistema político. Dentro de esos componentes se puede mencionar: al Parlamento (que refiere a si el presidente cuenta con una mayoría propia o en alianza con otros partidos), los gobernadores (si responden al presidente al proceder del mismo partido o son aliados que forman parte de una coalición); y los intendentes; el Poder Judicial, que refiere a la influencia que tiene el presidente sobre

éste a través del nombramiento de jueces propios o la ampliación de cuerpos judiciales; las Fuerzas Armadas, en referencia al control que posee el presidente sobre este actor; el partido político, que supone el control e injerencia que ostenta el primer mandatario sobre el partido que lo respalda. Luego están los RP sociales, los cuales abarcan el control e influencia del primer mandatario sobre actores sociales. Entre estos actores pueden mencionarse: empresarios, sindicatos, movimientos sociales y grupos ilegales (grupos paramilitares, guerrilleros, carteles de la droga, etc.).

Un tercer tipo de RP son los financieros, que están compuestos por aquellos recursos que el presidente controla y que provienen de beneficios económicos. Estos beneficios pueden proceder de distintas organizaciones, empresas del Estado, ayuda exterior, otras formas de financiamiento generadas por el propio líder o preexistentes a su llegada al poder y que le permiten financiar sus planes de gobierno. Por otro lado, se encuentran los RP de estrategia política, éstos refieren a la construcción que realiza el presidente de su liderazgo político a partir del estilo con que ejercen el poder y como son percibidos por la población. Los RP de estrategia política se miden a partir de la habilidad y destreza del líder para crear nuevos escenarios institucionales, la capacidad de imaginar herramientas para resolver problemas de gobierno, la creación de RP para fortalecer su propio liderazgo, aquellas maniobras que le permiten mantenerse en el gobierno, la capacidad del líder para generar canales de comunicación con la ciudadanía y que eviten que sea debilitado por las críticas. La dimensión de la comunicación puede ser entendida como otro RP (Fraschini y Tereschuk, 2015) y remite a si el presidente cuenta con medios de comunicación afines, ya sean tradicionales o nuevos medios que haya creado, la utilización de las redes sociales.

Un quinto RP son los de apoyo popular. Éste se ve plasmado en: el respaldo electoral que reciba el presidente durante los comicios realizados en el lapso de su mandato; la movilización política de las bases del presidente, que puede darse a partir de la convocatoria del primer mandatario; la popularidad presidencial medida en los estudios de opinión realizados durante el mandato del presidente. Y, por último, se encuentran los RP internacionales. Estos se vinculan a la capacidad del primer mandatario de generar o incrementar las relaciones internacionales que le permitan mejorar su PPI; de incorporar al país a estructuras supranacionales que le permitan aumentar sus RP; lograr el apoyo de alguna potencia o de organismos multilaterales que tengan incidencia en la política del país; establecer vínculos con organizaciones supranacionales que le reporten apoyo dentro del país.

Para concluir este marco teórico, abordaremos la categoría de populismo y mito populista desarrollada por María Esperanza Casullo (2019). Estos conceptos son pertinentes a la hora de abordar un liderazgo presidencial, ya que abarcan dimensiones

que son relevantes para comprender el proceso de constitución de un liderazgo político. A la hora de caracterizar al populismo, puede señalarse que presenta “líderes personalistas que crearon partidos o movimientos que cambiaron el sistema político de sus países (...) que fueron muy resistidos por las elites económicas, sociales y culturales de sus países, y que tuvieron discursos de antagonismo y espíritu de lucha” (Casullo, 2019: 13). De esta manera, vemos como uno de los rasgos del populismo es la presencia de un líder, de ahí la utilidad de este concepto para nuestro trabajo.

Por otro lado, las conceptualizaciones de Casullo (2019) y de Ernesto Laclau (2020) nos permiten profundizar en la idea de crisis. Desde la perspectiva de ambos, una crisis puede concebirse como un momento particular en el cual el sistema político es incapaz de procesar en forma individual diversas demandas de la sociedad, y esa incapacidad a la hora de procesar demandas sociales puede dar lugar a la constitución de una cadena de solidaridad entre esas demandas insatisfechas. Una crisis puede allanar el camino para el surgimiento de un liderazgo político. Y, en ese contexto de crisis, Casullo entiende que el populismo, en tanto discurso, funciona porque logra interpelar a esos sectores sociales sobre los que se enraízan las demandas insatisfechas. El populismo en tanto discurso logra dar respuestas a las ansiedades y miedos de ciertos grupos sociales, logra darle sentido a la realidad e integrar a esos sectores marginados en un proyecto. El actor que logra dar respuesta a esas necesidades y generar lealtades es el líder.

Este último elemento nos parece destacable, ya que da cuenta de la conformación de una identidad en torno a un líder y como ese líder pasa a constituirse en un significativo vacío en la medida que su figura representa y encarna todas las demandas anteriormente insatisfechas (Laclau, 2020). Para abordar la constitución de esa identidad, Casullo (2019) se centra en el concepto de mito populista. El mito populista es la herramienta que utilizan los líderes para explicar, a través de una narración, la realidad social conflictiva. Mediante un relato articulado por un héroe, un villano y un daño, los líderes logran ir construyendo un movimiento que gira en torno a su figura, y es así como se va generando una identidad entre líderes y seguidores.

La articulación de estos elementos que forman parte del mito populista se corresponde con los componentes propios de un movimiento populista: un líder que adquiere centralidad política, grupos que empiezan a movilizarse en torno a ese líder, y la utilización de un discurso político que divide el campo político entre un “nosotros” popular y un “ellos” elitista. Además, la narrativa es una estrategia que le permite al líder ganar legitimidad y, por lo tanto, construir poder político. Profundizando en la noción de mito populista señalamos que es un tipo de discurso que le permite al líder captar el resentimiento de ciertos grupos de la sociedad y dirigirlos hacia una elite. A su vez, el líder logra presentarse como aquel capaz de redimir ese daño que ciertos grupos

de la sociedad han recibido. Desde este marco analítico, la figura del líder es clave, porque un pueblo (entendido como el conjunto de ciertos grupos sociales) carece de la capacidad de gobernarse y redimir los daños que sufrió. El mito populista es un tipo de discurso que debe lograr tres objetivos: definir quien forma parte del pueblo; quien es el “villano” que ha dañado a ese pueblo; y justificar la necesidad del líder que guíe el pueblo dañado hacia su redención. Además de constituir un lazo representacional, el líder político logra justificar, mediante ese relato, la implementación de su programa político.

En cuanto al relato del mito populista, como se ha señalado se caracteriza por la presencia de ciertos actores. Por un lado, se halla el héroe, el cual tiene un carácter dual, ya que el héroe es tanto el pueblo como el líder que guía a ese pueblo en la redención. Ese líder-héroe entabla un lazo con sus seguidores y entre éstos a partir del discurso, y eso también le permite renovar su autoridad. Una de las particularidades del líder populista es que en sus discursos es autorreferencial, hablando de sus valores, su pasado militante, etc., y es mediante esa articulación entre vida pública y privada que el líder se erige como símbolo. Y, la otra particularidad de un líder populista es presentarse como un outsider, como alguien que no está contaminado por los vicios de la partidocracia y del establishment. El líder se presenta como un actor que sirve a los intereses del pueblo. Por último, refiriéndonos al villano debemos señalar que también asume un carácter dual: el enemigo externo y el traidor interno. Es el líder quien define que actores constituyen al villano que ha dañado al pueblo. Mediante el discurso, el líder identifica a un enemigo externo encarnado por algún país, algún organismo, la elite financiera global o incluso entes impersonales como puede ser el capitalismo neoliberal o el imperialismo. La otra parte que compone al villano es un traidor interno, una elite que sirve a los intereses de esos enemigos externos y no a los intereses del pueblo.

El Liderazgo Presidencial de Néstor Kirchner (2003-2007)

De ser un presidente débil a ser un presidente dominante: análisis de los Recursos de Poder

A Néstor Kirchner le tocó asumir la presidencia argentina con una PPI muy débil. Prácticamente no contaba con Recursos de Poder, ni siquiera con una legitimidad electoral. Si bien llegó a la presidencia tras las elecciones del 27 de abril de 2003, en dichos comicios, Kirchner quedó en segundo lugar habiendo obtenido el 22,25% de los votos, quedando detrás de Carlos Menem, quien había obtenido el 24,45%. Cabe señalar que dicho proceso electoral se llevó a cabo tras el adelantamiento de las elecciones definido por el entonces presidente Eduardo Duhalde. Éste, buscando un candidato que

podiera enfrentar a Menem, decidió darle su apoyo a quien era gobernador de Santa Cruz. Con el respaldo del aparato justicialista bonaerense y habiendo generado cierta expectativa en la ciudadanía por el hecho de ser un dirigente con un elevado grado de desconocimiento a nivel nacional, Kirchner logró quedar en segundo lugar en una contienda electoral marcada por la fragmentación partidaria y la disputa electoral abierta del Partido Justicialista (Lucca, 2014). La segunda vuelta electoral no se realizó, ya que Carlos Menem renunció a participar de dicha contienda (Borón, 2004; Cheresky, 2004).

Saliendo del plano electoral, Kirchner tampoco contaba con vínculos con otros actores claves del sistema político argentino. Desde lo institucional, no contaba con mayoría en el Congreso, principalmente por que el Partido Justicialista se hallaba fraccionado en tres bloques en la Cámara Baja: el bloque Partido Justicialista respondía a Duhalde (compuesto por 95 legisladores), el bloque Frente Federal Justicialista Azul y Blanco, el cual respondía a Menem y contaba con 19 diputados; y, el bloque Frente Movimiento Popular, que respondía a Adolfo Rodríguez Saa y contaba con 8 diputados (Bonvecchi y Zelaznik, 2006). Por su parte, la Corte Suprema de Justicia de la Nación estaba compuesta, en su mayoría, por jueces afines al menemismo, lo cual podía significar un bloqueo para las políticas que Kirchner implementara (Gargarella, 2012; Ollier, 2010b). Asimismo, en cuanto al partido de gobierno, éste se hallaba fuertemente fraccionado y no estaba alineado tras la figura del presidente. En definitiva, el único sustento institucional era el aparato justicialista bonaerense, pero éste no respondía a su figura sino a Eduardo Duhalde (Lucca, 2014).

En cuanto al RP social, puede señalarse que los sindicatos habían apoyado a otros candidatos y los movimientos sociales mantenían relaciones tensas con la mayoría de la clase política (Diez, 2016; Lucca, 2014; Retamoso y Di Bastiano, 2017). Desde lo financiero, si bien el país había empezado a mostrar síntomas de recuperación, aún se hallaba en default en lo que respecta a la deuda, es decir que no tenía forma de obtener crédito internacional. El único RP financiero eran las retenciones que se habían establecido en 2002 durante la presidencia de Eduardo Duhalde (Kulfas, 2016; Piva, 2018). En cuanto al RP de estrategia política, puede destacarse que la normativa de emergencia sancionada en 2002 por el Congreso de la Nación le daba ciertas herramientas para maniobrar y llevar a cabo sus políticas. En lo que respecta al RP comunicacional, Néstor Kirchner no contaba con medios de comunicación que lo apoyasen. De hecho, algunos medios auguraban una caída del gobierno por la debilidad y falta de legitimidad del mismo (Galasso, 2016).

Por último, la carencia de RP internacional puede verse plasmada en dos aspectos: la falta de apoyo del gobierno de EEUU y las presiones de los acreedores internacionales y del Fondo Monetario Internacional (FMI) para que Argentina saliera del default. Sin

embargo, el hecho de que en la región ya habían asumido dos presidentes con ideas afines a las de Kirchner (Hugo Chávez en Venezuela en 1999 y Lula Da Silva en Brasil en enero de 2003) le daba a Kirchner ciertos puntos de apoyo a nivel regional para poder dar sustento a su gobierno (Galasso, 2016).

En ese marco de debilidad, Kirchner optó por ganar el apoyo ciudadano, ya que entendía que en la medida que lo tuviese podría conquistar los demás recursos, como por ej., el alineamiento del PJ tras su figura, pues, como señala Ollier (2014), el peronismo se caracteriza por apoyar a aquel líder que cuenta con una amplia legitimidad popular. La conquista del RP de apoyo ciudadano, también, podía ser alcanzada en la medida que existía un grado de expectativa por parte de la ciudadanía hacia el nuevo gobierno. Para lograr el respaldo de la ciudadanía, sobre todo de la amplia mayoría que rechazaba las políticas neoliberales, Kirchner emprendió una serie de acciones para ganar el respaldo de esa mayoría ciudadana. Para ello, buscó recuperar un rol activo del Estado dentro de la economía. Kirchner también emprendió un fuerte cuestionamiento a los hechos de corrupción acaecidos durante la etapa neoliberal (Borón, 2004). De esta manera, la ciudadanía percibiría a Kirchner como un presidente guiado por cierta idea de justicia. A raíz de esto, Néstor Kirchner logró construir una especie de “electorado poselector”, un apoyo ciudadano manifestado principalmente en los elevados índices de aprobación de su gestión. El elevado apoyo ciudadano le valió a Kirchner el alineamiento de diversos actores, porque se había convertido en un presidente con un extendido apoyo ciudadano, obteniendo así la legitimidad de la que carecía al asumir (Cheresky, 2004).

Para ganar el RP de apoyo ciudadano, Kirchner apuntó a diferenciarse de la dirigencia política, instalando temas en la agenda como los Derechos Humanos (Ohanian, 2018) y la importancia de desarrollar un capitalismo soberano que no excluyera a ciertos sectores (Kulfas, 2016). No sólo instaló esos temas en la agenda, sino que dispuso medidas concretas como el descabezamiento de las Fuerzas Armadas al pasar a retiro a 27 generales. Aunque la incidencia política de las FFAA en la región se ha reducido, el tomar esta medida le permitió mostrar fortaleza y subordinar a un actor del sistema (Battaglini, 2012 y 2013). Esta medida, junto con la posterior derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, descolgar los cuadros de Videla y Bignone del Colegio Militar, promover la reapertura de causas por delitos de lesa humanidad, nombrar a Eduardo Luis Duhalde como secretario de Derechos Humanos, le permitieron contar con el apoyo de organismos defensores de Derechos Humanos como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo e HIJOS. Además, incorporó en su gestión a miembros de esta última organización (Ohanian, 2018). Con esto, Kirchner no sólo logró la conquista de RP ciudadano al diferenciarse la dirigencia política, sino también

la conquista de RP social al lograr el acompañamiento de organizaciones de derechos humanos.

Siguiendo con la conquista de RP ciudadano, ésta se empezaría a dar en la medida que la situación económica fue mejorando, ya que, por la dinámica de una democracia como la Argentina, tanto el éxito como el fracaso de un gobierno se subsume a la persona del presidente. Es así que la reactivación económica, marcada por aumentos salariales promovidos desde el Estado, la reducción de la inflación y del desempleo, le permitieron a Kirchner ganar una popularidad considerable, con una imagen positiva cercana al 70% (Cheresky, 2004; Galasso, 2016). Para comprender la reactivación económica es necesario abordar la conquista del RP financiero. El recurso clave para recomponer el país fue el excedente generado por la exportación de productos primarios. Esa renta absorbida desde el Estado fue un recurso financiero vital para que Kirchner pudiera emprender la recuperación económica. Kirchner se haría con este RP financiero a través de la ratificación y ampliación de las retenciones a las exportaciones. Con esa masa de recursos, el Estado pudo dinamizar la economía a partir de subsidios, realización de obras públicas, entre otras acciones. Ese RP financiero que constituía la renta de las exportaciones permitió reactivar la economía y sería un pilar clave para la construcción de poder. Kirchner también pudo diferenciarse de sus predecesores en el cargo en lo que refiere a la renegociación de la deuda. Al lograr diferenciarse, fue percibido positivamente por la ciudadanía, al mostrarse como un presidente que no estaba dispuesto a ceder frente a presiones externas (Borón, 2004; Cheresky, 2004; Kulfas, 2016).

El otro elemento que le permitió a Kirchner construir ese “electorado poselector” y conquistar el apoyo ciudadano al mostrarse como una figura antagónica respecto a sus predecesores fue el enfrentamiento con la Corte Suprema. Dicho organismo se hallaba desprestigiado debido a diversos sucesos ocurridos durante los años '90 y por el rol que habían desempeñado en ese periodo. De hecho, muchas movilizaciones durante los años 2001 y 2002 se concentraron en el Palacio de Justicia. El 5 de junio de 2003, Kirchner realizó su primera cadena nacional, en la que confrontaría directamente con los miembros de la “mayoría automática” de la CSJN e instaría a la Cámara de Diputados a iniciar el proceso de juicio político contra el presidente de la Corte, Julio Nazareno. Este accionar no sólo le permitió mostrarse frente a la ciudadanía como un presidente que se diferenciaba de sus antecesores, sino también buscar la conquista de un actor institucional como la Corte Suprema al remover a miembros contrarios a su proyecto político (Borón, 2004; Galasso, 2016; Gargarella, 2012; Lucca, 2014).

Por otro lado, en sus primeras semanas de gestión, Kirchner buscó construir una mayoría legislativa que le garantizara el acompañamiento del Congreso a su proyecto

político. Como se ha señalado, la presencia de un gobierno dividido puede ser un factor de ingobernabilidad y, en algunos casos de inestabilidad presidencial. Por eso, Kirchner reunificó el bloque justicialista de la Cámara de Diputados, incorporando al Frente Federal Justicialista Azul y Blanco. Con esto, el bloque oficialista pasaría a contar con 114 diputados. A esto se añade que Kirchner comenzó a emplear la noción de “transversalidad” (se trató de un RP de estrategia política). Aprovechando la elevada fragmentación partidaria, marcada por la cantidad de bloques existentes en la Cámara de Diputados (Lucca, 2014), Kirchner pudo conformar coaliciones legislativas coyunturales durante sus primeros meses de gobierno. Con éstas, el Ejecutivo logró la aprobación de 28 de los 38 proyectos enviados al Congreso y la aprobación de 16 de un total de 17 proyectos relevantes (Bonvecchi y Zelaznik, 2006). Posteriormente, entre agosto y noviembre de 2003 se desarrollaría el ciclo electoral de renovación parcial del Congreso y de las gobernaciones. El proceso electoral de 2003 arrojó un saldo positivo para Kirchner. No sólo hubo una reunificación del justicialismo (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Lucca, 2014) y cierto alineamiento del partido hacia su figura (Ollier, 2014) sino también porque obtuvo la mayoría en ambas cámaras del Congreso. En diputados, el Bloque PJ pasaría a estar compuesto por 129 diputados. En el Senado, el justicialismo pasaría a contar con 41 bancas (Lucca, 2014). A esto debe añadirse que la principal fuerza de oposición, la UCR, sólo tenía 45 diputados y 16 senadores (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Lucca, 2014; Ollier, 2010b). El apoyo legislativo a proyectos del Ejecutivo se mantuvo durante todo el año 2004 (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Mecle, 2011). Esto también se explica a raíz de la elevada imagen positiva del presidente Kirchner, pues el Congreso suele actuar en función de este índice (Pérez—Liñán, 2009).

Al lograr la construcción de estas mayorías, Néstor Kirchner logró remover a los cinco jueces de la “mayoría automática”, ya que dos fueron removidos vía juicio político y tres renunciaron al no poder evitar la destitución. Tras esto, el entonces presidente también obtuvo el aval del Senado para la designación de cuatro nuevos jueces: Carmen Argibay, Elena Highton de Nolasco, Ricardo Lorenzetti y Eugenio Zaffaroni (Gargarella, 2012). Con esto, Kirchner adquirió un nuevo RP institucional al lograr la renovación de la CSJN en su primer año de gobierno.

Como se observa, en su primer año de gobierno, Kirchner fue solidificando su PPI. Con esto, pudo consolidar su LP y alejarse de los pronósticos que anunciaban una caída presidencial. Es importante señalar que el apoyo ciudadano también trajo aparejado el acompañamiento de los gobernadores peronistas, el cual fue fundamental para el elevado porcentaje de aprobación legislativa que hemos señalado (Caruncho, 2014; Gervasoni, 2012). Generalmente, los gobernadores del PJ tienden a acompañar a un presidente en la medida que éste cuente con aprobación ciudadana, tal como era el caso

de Kirchner (Caruncho, 2014; Ollier, 2014). El peronismo, tras el periodo electoral de 2003, se quedó con 16 gobernaciones. Al respaldo de la mayoría de estos gobernadores deben añadirse los vínculos que el presidente Kirchner entabló con jefes de Ejecutivos provinciales no peronistas, tales como Aníbal Ibarra, líder de una fuerza de centro—izquierda y jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires o Julio Cobos, gobernador radical de Mendoza (Lucca, 2014). De esta manera, Kirchner logró la conquista de la mayor parte de los actores institucionales del sistema en base a una extensa coalición política que tuvo como base a la mayoría del Partido Justicialista y otros actores sumados al oficialismo bajo la estrategia política de la “transversalidad”. Esto da cuenta, también, de una marcada fortaleza, porque el partido al que pertenecía el presidente era el actor central de esa coalición política que había sido impulsada por Kirchner (Zelaznik, 2012). El único punto endeble radicaba en que el expresidente Duhalde aún conservaba influencia dentro del PJ y en la Cámara Baja.

Para terminar de consolidar su PPI y reconstituir la autoridad presidencial (Cheresky, 2004) Kirchner se abocó a entablar lazos con dos importantes actores sociales: el sindicalismo y los movimientos sociales. El objetivo principal de entablar vínculos con estos actores era conformar una coalición social que diera sustento al gobierno (Zelaznik, 2012), y lograr un proceso de desmovilización en tanto las protestas callejeras habían sido uno de los factores desestabilizantes de los presidentes argentinos (Escudé, 2007; Mustapic, 2005). Para lograr el alineamiento del sindicalismo, Néstor Kirchner entabló vínculos con la Central de Trabajadores Argentinos y con la CGT disidente de Hugo Moyano. El entonces presidente promovió la candidatura de Moyano como nuevo secretario general para reunificar la CGT. Cabe señalar que, para el año 2003, la CGT se hallaba dividida: el sector “oficial” era conducido por Rodolfo Daer y nucleaba a sindicatos afines al menemismo; el sector disidente aglutinaba a sindicatos que habían conformado el Movimiento de Trabajadores Argentinos, una rama del sindicalismo opositora a Menem. Para mediados de 2004, la CGT se había reunificado bajo la conducción de Moyano. Así, Kirchner obtuvo el alineamiento de la mayor entidad sindical, la cual pasó a ser conducida por el líder de un sindicato clave en el nuevo modelo productivo, esto es, el sindicato de camioneros (Diez, 2016; Etchemendy y Collier, 2007). De esta manera, Kirchner no sólo logró reestablecer los vínculos tradicionales de un presidente peronista con el sindicalismo, sino también contar con un importante aliado para la puja salarial (Diez, 2016).

Respecto a los movimientos sociales, Kirchner emprendió una tarea de cooptación para sumar a estos actores al espacio de adhesión al presidente, hecho que le daría gobernabilidad al ensanchar sus filas de apoyo y reducir los focos de protesta callejera (Escudé, 2007). El proceso de incorporación de movimientos sociales al espacio

oficialista se dio mediante dos estrategias. Por un lado, el nombramiento de los principales dirigentes de los movimientos piqueteros en cargos nacionales o provinciales. Tales fueron los casos de Jorge Ceballos (dirigente de Barrios de Pie y fundador de Libres del Sur), Luis D'Elía (líder de la Federación Tierra y Vivienda) y Emilio Pérsico (líder del Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita). Asimismo, se incorporaría a miembros de estos movimientos en áreas estatales como el Ministerio de Desarrollo Social. Por otro lado, el gobierno negoció con estos sectores una serie de programas sociales, construcción de viviendas populares e impulso a las cooperativas formadas por miembros de estas organizaciones (Escudé, 2007; Retamoso y Di Bastiano, 2017). Con el respaldo de estas organizaciones y del sindicalismo, el presidente Kirchner adquirió un RP clave al conformar una coalición social que acompañara sus políticas y se movilizara para apoyarlo (Retamoso y Di Bastiano, 2017; Escudé, 2007)

Como hemos señalado, los medios de comunicación pueden desempeñar un papel importante para explicar la estabilidad/inestabilidad de un presidente (Pérez-Liñán, 2009). En ese sentido, Kirchner buscó mantener una relación de no agresión con el principal grupo mediático de Argentina, el Grupo Clarín. La razón de esto es que el principal sustento de Kirchner en sus primeros meses de gobierno era la opinión pública (Cheresky, 2004), por ello, para evitar que se formase una opinión pública negativa implementó políticas sectoriales que favorecieron a Clarín. Dentro de esas medidas, pueden mencionarse la Ley de Bienes Culturales, la cual beneficiaba a multimedios endeudados como era el caso de Clarín; la extensión de licencias de radiodifusión (Kitzberger, 2012; Ollier, 2010b). Asimismo, el presidente entabló vínculos con el diario Página/12, principalmente, por afinidad política. El medio con el que Kirchner decidió confrontar fue La Nación. La confrontación fue centralmente discursiva, ya que el presidente apuntaba hacia La Nación como un medio ligado a intereses minoritarios (Kitzberger, 2012). A partir de esto, puede afirmarse que, si bien Kirchner no impulsó la creación de nuevos medios de comunicación, buscó contar con el favor de uno de los multimedios más grandes y el apoyo del principal diario de oposición a las políticas neoliberales. Contar con este RP comunicacional al inicio de su mandato contribuyó a que se conformara una imagen positiva de su figura.

En lo que refiere al RP internacional, debemos partir de que Kirchner priorizó fortalecer los vínculos con los países sudamericanos, dándole un mayor impulso al MERCOSUR y estrechando lazos con Brasil y Venezuela. Se trató de una estrategia de corte autonomista, dejando atrás el paradigma de las “relaciones carnales”, el cual priorizaba el alineamiento con la potencia hegemónica del continente (Estados Unidos) (Simonoff, 2009). Esta estrategia apuntaba a que Argentina tuviera una mayor autonomía respecto

de Estados Unidos. Kirchner se centró en estrechar los lazos tanto comerciales como políticos con los países de la región, priorizando el desarrollo de relaciones equilibradas e igualitarias.

Por otro lado, Kirchner también se abocó a ampliar las relaciones comerciales del país. Un elemento que le resultó valioso fue el hecho de que su predecesor, Duhalde, había devaluado la moneda a inicios de 2002. Esto le brindó condiciones favorables en el intercambio comercial (Simonoff, 2009). Uno de los principales socios comerciales de Argentina, además de los países del MERCOSUR, fue la potencia emergente de Asia, China. Este país fue una de las principales fuentes de ingreso de divisas para la Argentina, sobre todo por la compra de productos agrícolas (Thwaites Rey y Ouviaña, 2018). Con esto podemos abordar el principal RP financiero que le permitió a Néstor Kirchner ir desarrollando sus políticos de gobierno: las retenciones a las exportaciones. Se trata de una porción de la renta agraria que es tomada por el Estado. Cuando Kirchner llegó a la presidencia, las retenciones se hallaban dentro de la normativa de emergencia votada en 2002 y ratificada en 2003 (Kulfas, 2016; Piva, 2018).

Como se ha expuesto, entre 2003 y 2004, Néstor Kirchner logró adquirir una importante cantidad de recursos de poder. Con esto, pudo dar cierre a la inestabilidad presidencial que caracterizó al país en el periodo 2001-2002. Durante sus primeros dos años de gobierno, Kirchner pudo adquirir recursos claves para la consolidación de su gobierno, lo que le permitió alejarse de aquellos pronósticos que sostenían una caída prematura del presidente. El hecho de construirse como un presidente que buscaba diferenciarse de la dirigencia política, ejercer un liderazgo personalista y mostrarse como un presidente activo abocado a atender las demandas sociales, fue percibido positivamente por la ciudadanía. Ésta le dio un respaldo poselectoral plasmado en las encuestas de opinión. Con esto, Kirchner pudo adquirir el apoyo del partido mayoritario de Argentina y construir mayorías coyunturales y luego una mayoría estable en el Congreso. Esto último también fue posible a raíz del respaldo de gobernadores, tanto procedentes del justicialismo como de otras fuerzas políticas. Dichos elementos fueron centrales para consolidar el LP de Kirchner. La imagen positiva de Kirchner fue el resultado de una fuerte recuperación económica, posibilitada principalmente por el RP financiero de las retenciones a las exportaciones. A la solidez institucional, el presidente Kirchner le sumó una amplia coalición social, formada por el sindicalismo, los movimientos sociales, organismos de derechos humanos y otros actores sociales que comenzaron a identificarse con el presidente.

La estructura de recursos de poder adquirida entre 2003 y 2004 por parte del presidente Kirchner se mantuvo intacta hasta inicios de 2005. En los primeros meses del año en el que se llevarían a cabo las elecciones de medio término, se desató una confrontación

entre Kirchner y su predecesor, Duhalde. La disputa giraba en torno, principalmente, al armado de las listas. El enfrentamiento tuvo dos consecuencias: por un lado, la pérdida de la mayoría absoluta con la que contaba el presidente en la Cámara de Diputados, ya que legisladores que respondían a Duhalde se alejaron del bloque oficialista; por otro lado, las elecciones de 2005 supondrían una disputa por el liderazgo del justicialismo (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Calvo, 2005).

Con dificultades para impulsar proyectos en el Congreso, Kirchner optaría por sustentarse en un elemento ya presente en sus primeros dos años de gobierno: la utilización de los Decretos de Necesidad y Urgencia y decretos delegados. Esta práctica ya había sido utilizada, principalmente para disponer aumentos salariales al inicio de su gestión y otras medidas de índole económica y social (De Riz, 2008; Mecle, 2011). Como hemos señalado, una de las dimensiones de los RP de estrategia política remite a las herramientas que el presidente utilice para hacer frente a situaciones problemáticas de gobierno y salir de éstas. Frente a la situación mencionada, Kirchner se apoyó en el uso de las herramientas constitucionales con las que cuenta un presidente (De Riz, 2008). Además, deben añadirse la Ley de Emergencia Económica 25.561 y otras normativas de emergencia que delegaban facultades al presidente ratificadas en el último trimestre de 2004 (Bonvecchi y Zelaznik, 2006; Ollier, 2014). Con esto, Kirchner se hallaba en un escenario institucional favorable para encarar el proceso electoral de 2005. Cabe señalar que durante ese año pudo renegociar la deuda argentina con acreedores privados y mostrarse como un presidente dispuesto a confrontar con éstos (Kulfas, 2016). Para Kirchner también fue posible nacionalizar las elecciones legislativas y hacer que éstas funcionasen como un plebiscito a su gestión, pues en diciembre de 2004 se había aprobado la Ley 25.983, que modificaba el Código Electoral para que las elecciones por cargos de diputados y senadores nacionales de todos los distritos se realizaran en una única fecha (Scherlis, 2012).

Las elecciones del 23 de octubre de 2005 marcaron la consolidación definitiva del LP de Kirchner. Este triunfo le devolvió el control sobre el Congreso y el alineamiento de todo el justicialismo. La lista Frente para la Victoria (FPV) fue la más votada en todo el país, obteniendo el 39,84% de los votos en las listas de diputados y el 47,7% en las listas de senadores, superando ampliamente a la segunda fuerza política más votada, la UCR, que obtuvo el 11,8% de los sufragios en las listas de la Cámara Baja y el 8,13% en listas del Senado. Con estos resultados, el frente electoral del presidente se quedó con 64 de las 127 bancas en juego de diputados y 16 de las 24 bancas en juego de senadores (Calvo, 2005). Es posible identificar dos RP que fueron claves para que Kirchner triunfara en 16 de los 24 distritos electorales: el apoyo de los gobernadores, debido principalmente a la dependencia de muchos de estos jefes provinciales de las

transferencias de recursos fiscales de la Nación (Gervasoni, 2012); y el elevado porcentaje de imagen positiva del presidente (Lucca, 2014; Ollier, 2010a).

El triunfo más importante fue el logrado en la provincia de Buenos Aires, donde el FPV obtuvo el 45,77%, superando ampliamente a la lista impulsada por Eduardo Duhalde, la cual obtuvo el 20,43%. Con este triunfo, Kirchner derrotó al único dirigente peronista que aún disputaba su liderazgo dentro del partido. El triunfo sobre Duhalde fue posible gracias al establecimiento de vínculos con los principales intendentes del conurbano, quienes antes habían sido aliados de Duhalde, pero que acompañaron al presidente Kirchner a raíz de negociar apoyo a cambio de planes de infraestructura y acción social (Caruncho, 2014; Lucca, 2014). De esta manera, la estrategia política de nacionalizar las elecciones legislativas, volviéndolas un plebiscito de su gestión (estilo personalista y decisionista de liderazgo), fue muy exitosa para Kirchner (Calvo, 2005; De Riz, 2008; Lucca, 2014).

Tras el triunfo electoral, Kirchner salió erigido como líder de su partido, como un presidente dominante respaldado por gobernadores e intendentes (tanto justicialistas como algunos de otras fuerzas políticas). Frente a su figura se hallaba una oposición fragmentada, incapaz de conformar una alianza que se presentase como alternativa a Kirchner y pudiera significar un cuestionamiento a su LP. Cabe señalar que entre finales de 2005 e inicios de 2006, Argentina refinanció la mayor parte de su deuda externa con acreedores privados y abonó la totalidad de la deuda que mantenía con el FMI (Simonoff, 2009). Con esta medida, Kirchner le puso fin al condicionamiento existente de parte de un organismo internacional sobre la Argentina, lo que significó la conquista de un nuevo RP internacional. Se añade, también, que durante 2006 se votaron dos importantes leyes que significaron un acrecentamiento del poder presidencial (RP de estrategia política). La primera fue la Ley 26.080, la cual modificaba la composición del Consejo de la Magistratura, aumentando la incidencia del Ejecutivo sobre este organismo clave en la designación de jueces federales (Gargarella, 2012). La segunda fue la Ley 26.124 que modificaba la reglamentación de la Administración Financiera y los sistemas de control. La ley permitía la modificación del presupuesto nacional a través de la reasignación de partidas presupuestarias mediante decretos del Ejecutivo (De Riz, 2008; Ollier, 2014).

Para su último año de mandato, Kirchner contaba con un predominio institucional considerable. Poseía una cómoda mayoría parlamentaria, construida en su primer año de mandato y conformando una nueva gracias al triunfo electoral de 2005. Además, contaba con el apoyo de gobernadores, tanto justicialistas como de otras fuerzas políticas gracias al uso discrecional de los recursos fiscales y a su elevado porcentaje de aprobación por parte de la ciudadanía. Esto último también se vio plasmado en el

triunfo de su frente electoral en las elecciones de medio término. Asimismo, el triunfo de 2005 le permitió erigirse como el único líder del principal partido del sistema argentino. También debe añadirse la incidencia dentro del Poder Judicial. A su vez, el Congreso había ampliado las facultades presidenciales, no sólo al ratificar las leyes de emergencia, sino también por habilitar la modificación del Presupuesto Nacional vía decreto. Al predominio institucional se suma el respaldo del sindicalismo y los movimientos sociales, ambos actores con elevada capacidad de movilizarse en favor del presidente. Con todos los recursos adquiridos y con una oposición fragmentada e incapaz de conformar una alternativa de gobierno, Kirchner concluyó su mandato el 10 de diciembre de 2007 sin haber sufrido ninguna situación de inestabilidad. Aunque no se presentó como candidato para ser reelecto, sí designó a su esposa, Cristina Fernández, como candidata a presidenta. Ésta triunfaría en las elecciones de octubre de 2007.

De la crisis de representación a la construcción de una identidad

Ya hemos señalado el contexto en el que asumió Kirchner la presidencia. Si abordamos ese contexto desde la perspectiva de Casullo y Laclau podemos afirmar que, para finales de 2001, el sistema político fue incapaz de procesar una multiplicidad de demandas procedentes de sectores populares, que reclamaban sobre todo por la falta de trabajo, y de los sectores medios, que reclamaban por lo que había significado la medida denominada “corralito”. Puede considerarse que ese conjunto de demandas insatisfechas terminó por conformar una cadena de solidaridad plasmada en las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001. La conformación de esa cadena de equivalencias puede verse reflejada en las consignas que guiaron esas manifestaciones, principalmente dos: “que se vayan todos”, en clara referencia a la crisis política de ese momento y que manifestaba la inconformidad con la dirigencia política; “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, la cual hacía referencia, justamente, a la solidaridad que se había gestado entre los sectores populares y las clases medias. En ese marco de crisis termina surgiendo el liderazgo de Kirchner, quien empleó un discurso de carácter populista a través del cual interpeló a los grupos partes de la cadena equivalencial de 2001 y logró integrarlos en su proyecto.

Al abordar los discursos de Kirchner es posible observar la lógica del mito populista, y entendemos que es una herramienta que le permitió generar una identidad en torno a su figura, gestar un lazo para terminar de constituir un movimiento más amplio que el peronismo. En sus discursos, NK siempre buscó dicotomizar el campo político. Para poder constituir un lazo de identidad, Kirchner sería autorreferencial en sus discursos y apuntaría contra un “otro” constituido por la dirigencia política, las grandes

corporaciones, el FMI y el gobierno de EEUU. Kirchner no era alguien ajeno a la política, ya que en 2003 estaba concluyendo su tercer mandato como gobernador de Santa Cruz, pero logró presentarse como un dirigente ajeno al proceso neoliberal que se desarrolló en Argentina durante la década de 1990, logró presentarse como un militante que era parte de una generación diezmada que se había sumado a las luchas políticas creyendo en la posibilidad de una patria más justa, y enfatizó que no dejaría esa convicción al asumir la presidencia. Así logró presentarse como un “héroe” que venía a redimir a un pueblo dañado por las políticas neoliberales desarrolladas por la dirigencia política servil a los intereses de los organismos multilaterales y de EEUU. Desde lo discursivo, NK pudo constituir a ese héroe dual conformado por un pueblo dañado —sumido en el desempleo y la pobreza— y por el mismo Kirchner, el líder que desde la presidencia concretaría la redención. A su vez, pudo configurar ese villano dual formado por EEUU, los acreedores privados y el FMI, y por dirigentes y corporaciones que se habían visto beneficiadas durante los años '90 (Galasso, 2016; Wainfeld, 2016).

Los discursos de Kirchner estuvieron acompañados por ciertas políticas redistributivas, abocadas a fomentar el empleo y promover la mejora del poder adquisitivo. A su vez, estableció relaciones cercanas con los movimientos sociales, quienes habían adquirido un peso importante durante finales de los años 90. El vínculo que Kirchner entabló con dirigentes como Luis D'Elía, Emilio Pérsico y Jorge Zeballos permitió que los espacios de estos dirigentes se sumasen a las filas del presidente. Estas organizaciones pasaron a identificarse como *kirchneristas* (Escudé, 2007). Aunque Kirchner no había sido un dirigente surgido de los movimientos sociales, éstos pasaron a concebirlo como su líder, quien encabezaba sus reivindicaciones. Es posible afirmar que hubo un proceso de identificación entre los movimientos sociales y Kirchner. Éstos asumieron una identidad en la figura de Néstor Kirchner, y éste representaba las reivindicaciones de los movimientos sociales (Laclau, 2020; Retamoso y Di Bastiano, 2017). Este mismo argumento puede aplicarse para la CGT, la cual había pasado a ser conducida por Hugo Moyano. Néstor Kirchner había impulsado al líder de camioneros como nuevo secretario general del principal órgano representativo de los trabajadores. Y a partir de los discursos y medidas mencionadas, se produjo un proceso de identificación entre la CGT y Kirchner (Diez, 2016). Finalmente, los organismos de derechos humanos (Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, HIJOS, entre otros) también comenzaron a sentir una identificación con el gobierno y el liderazgo de Néstor Kirchner. Esto fue posible a partir de una serie de políticas de reparación material y simbólica. Dentro de esas políticas pueden mencionarse el accionar de la Secretaría de Derechos Humanos, la reapertura de juicios por delitos de lesa humanidad, la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, etc. (Ohanian, 2018).

Los discursos de Kirchner plasman una lógica de héroe y villanos. Con esa línea discursiva pudo justificar muchas acciones, tales como el enjuiciamiento de los miembros de la Corte Suprema, o la ampliación de las retenciones al sector agroexportador, siendo que proveían de un recurso clave para lograr la redención del pueblo. Néstor Kirchner apeló a la lógica del mito populista como una forma de aumentar más su poder y gobernar como un líder populista, es decir, sin estar atado a estructuras tradicionales (Casullo, 2019). Es posible afirmar que el uso de esta lógica de héroe y villanos fue clave para terminar de constituir una identidad kirchnerista o nacional y popular, caracterizada por la identificación con el gobierno de Néstor Kirchner y luego con el de Cristina Kirchner, en donde los seguidores del movimiento hallan identificación en hechos puntuales como el rechazo al ALCA, la confrontación con “el campo” y otras corporaciones, la promoción de un modelo de desarrollo inclusivo caracterizado por la redistribución, el accionar contra los responsables por delitos de lesa humanidad (Galasso, 2016).

Conclusiones

En este trabajo hemos expuesto las principales dimensiones sobre el LP de Néstor Kirchner. A partir de ese análisis teórico de sus cuatro años y medio como presidente pueden extraerse ciertas conclusiones. En primer lugar, puede afirmarse que su gestión significó un cierre del periodo de inestabilidad política que el país atravesó sobre todo a inicios del siglo XXI. A pesar de que comenzó siendo un presidente con una PPI muy débil, pudo emplear acciones estratégicas que le permitieron ir construyendo un poder considerable en comparación con la fragmentada oposición. Es a partir de su consolidación como líder presidencial que Kirchner pudo dar un cierre a la etapa de inestabilidad y dar inicio a una etapa de estabilidad y concentración presidencial.

En segundo lugar, podemos señalar la capacidad de Kirchner para ir conquistando casi la totalidad de los RP. A modo de síntesis podemos mencionar los RP con los que contaba al final de su gestión. La conquista de RP ciudadano se vio marcada tanto en sus índices de imagen positiva como en el triunfo electoral, y también en la realización de masivas movilizaciones en apoyo al gobierno. Por otro lado, la ratificación de las retenciones a las exportaciones y la reestructuración de la deuda le permitieron contar con RP financiero, a lo que se suma el histórico crecimiento de la economía. El triunfo en las elecciones de 2005 también implicó ganarse el RP institucional, al lograr el alineamiento del Partido Justicialista tras el FPV y desplazar definitivamente a Duhalde. Aquí también debe mencionarse la adhesión de otros sectores no peronistas que se adhirieron al gobierno de Kirchner. También podemos mencionar la conquista de RP social, plasmado en el apoyo del sindicalismo y de los movimientos sociales, a lo que se

suma el apoyo que recibió de parte de los organismos de DDHH. Asimismo, debemos señalar que para 2006, la Corte Suprema contaba con cuatro de siete jueces nombrados por Kirchner. Por último, debemos remitirnos al RP internacional. En este caso, NK optó por estrechar los lazos políticos y comerciales con los países del Mercosur y otros de la región con el objetivo de fortalecer al bloque comercial. Al mismo tiempo, se estrechan los vínculos con el gigante asiático China, un actor clave para propiciar las condiciones del desarrollo del modelo económico del presidente Kirchner.

En tercer lugar, señalamos que, si bien Kirchner contó con ciertas ventajas al ser un presidente de signo peronista, esas ventajas sólo se plasmaron en la medida que pudo constituirse como el líder indiscutido del justicialismo. Eso fue posible en la medida que su apoyo ciudadano fue creciendo cada vez más y se materializó en el triunfo electoral de las elecciones legislativas de 2005. NK pudo capitalizar las ventajas de ser un presidente peronista al concentrar el poder y así llevar a cabo las reformas necesarias para constituir su modelo de crecimiento económico e inclusión.

En cuarto lugar, a partir del análisis que hemos hecho entendemos que el momento en el que Kirchner se vio realmente amenazado de no concluir su mandato fue durante los primeros meses de su gestión. Esto es así por la carencia de recursos y por el hecho de que el país venía atravesando una marcada inestabilidad presidencial. Sin embargo, con posterioridad a 2004 y 2005, no es posible identificar hechos con una contundencia que hayan implicado una amenaza concreta a la continuidad de Kirchner en la presidencia.

Por último, sostenemos que la conformación de una nueva identidad política gestada en torno a su figura fue un elemento clave para que Kirchner pudiera dar un cierre a la etapa de inestabilidad presidencial. A partir de la articulación y la confluencia de un discurso populista y medidas redistributivas y de reparación, Kirchner pudo configurar una identidad kirchnerista, asociada con ciertas políticas y estilo de gobierno. La mayoría de organizaciones sociales que habían surgido como forma de resistencia al ciclo neoliberal pasaron a identificarse como “kirchneristas”. Estas organizaciones, que habían marcado la inestabilidad a partir de las protestas callejeras, pasaron a ser un punto de apoyo para Néstor Kirchner, pues estas mismas organizaciones sin ligazón con ninguna estructura partidaria pasaron a autoidentificarse como “kirchneristas”.

Bibliografía

- Battaglini, J. (2012). Política de defensa y política militar durante el kirchnerismo. En A. Malamud y M. De Luca. (comps.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Battaglini, J. (2013). La Argentina desde 1983: un caso de desmilitarización del sistema político. *Revista SAAP*. 7 (2). pp. 265-273.
- Bidart Campos, G. (2006). *Manual de la Constitución Reformada, Tomo I*. Argentina: Ediar.
- Bonvecchi, A. y Zelaznik, J. (2006). La construcción de la Mayoría Legislativa Kirchnerista. *Fundación Pent, Serie Aportes*. (16).
- Borón, A. (2004). Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner. *Revista SAAP*. 2 (1). pp. 187-205.
- Brinks, D., Levitsky, S. y Murillo, M. V. (2021). *La ley y la trampa en América Latina. Por qué optar por el debilitamiento institucional puede ser una estrategia política*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Calvo, E. (2005). Argentina, elecciones legislativas 2005: consolidación institucional del kirchnerismo y territorialización del voto. *Revista de Ciencia Política (Santiago de Chile)*. 25 (2). pp. 153-160.
- Calvo, E. (2013). El Congreso de la democracia: mayorías y consensos. *Revista SAAP*. 7 (2). pp. 413-421.
- Carrizo, C. y Galván, C. (2006). Presidencialismo y conflictos políticos en Argentina: sobre la inestabilidad política a nivel nacional y provincial (1983—2006). *Revista Colección*. (17). pp. 35-113.
- Caruncho, L. (2014). De la maquinaria partidaria a la industria electoral. Continuidades e incentivos institucionales en la Argentina: del radicalismo al kirchnerismo. *Revista SAAP*. 8 (2). pp. 491-519.
- Casullo, M. E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo?* Argentina: Siglo XXI Editores.
- Cavarozzi, M. y Casullo, M. E. (2002). Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis? En M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina. (comps.) *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens.
- Cheresky, I. (2004). Argentina: cambio de rumbo y recomposición política. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno. *Revista Nueva Sociedad*. (193). pp. 4-16.
- Cheresky, I. (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Manantial.
- De Riz, L. (2008). Argentina, una vez más en la encrucijada. *Revista Temas y debates*. (16). pp. 9-27.

- Diez, C. (2016). *Néstor Kirchner y la CGT de Moyano*. [Tesis de grado, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales-Universidad Nacional de Rosario]. Disponible en: <https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/6/discover>
- Escudé, C. (2007). Kirchner y la cooptación de piqueteros. *Documentos de trabajo de la Universidad del CEMA*. (359). pp. 1-22.
- Etchemendy, S. (2012). El sindicalismo argentino en la era pos-liberal (2003-2011). En A. Malamud y M. De Luca. (comps.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Fabbrini, S. (2008). *El ascenso del príncipe democrático. Quién gobierna y cómo se gobiernan las democracias*. Buenos Aires: FCE.
- Fraschini, M. y Tereschuk, N. (2015). *El príncipe democrático sudamericano. Liderazgos presidenciales en el siglo XXI en la región*. Córdoba: Eduvim.
- Fraschini, M. (2021). Liderazgos Presidenciales en Sudamérica. Estado de la cuestión. En Fraschini Mariano y García Santiago (coords.) *Liderazgos en su laberinto. Cómo ejercen el poder los presidentes sudamericanos en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.
- Galasso, N. (2016). *Kirchnerismo 2003-2015: el proyecto que transformó la Argentina*. Argentina: Colihue.
- Gargarella, R. (2012). Notas sobre kirchnerismo y justicia. En A. Malamud y M. De Luca.
- Gervasoni, C. (2012). La política provincial es política nacional: cambios y continuidades subnacionales del menemismo al kirchnerismo. En A. Malamud y M. De Luca. (comps.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA.
- González, L. I. (2014). El poder de los gobernadores. Conceptualización y análisis comparado de Argentina y Brasil. *Revista SAAP*. 8(2). pp. 339-373.
- Hirschmann, P. (2014). *El peronismo, las elecciones y la duración de los mandatos presidenciales: una cronología crítica*. Instituto de Política Constitucional.
- Kulfas, M. (2016). *Los tres kirchnerismos: una historia de la economía argentina 2003-2015*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (2020). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kitzberger, P. (2012). “La madre de todas las batallas”: el kirchnerismo y los medios de comunicación. En A. Malamud y M. De Luca. (comps.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA.

- Levitsky, S. y Murillo, M. V. (2012). Construyendo instituciones sobre cimientos débiles: lecciones desde América Latina. *Fortalecimiento institucional*. 3 (5). pp. 17-44.
- Lucca, J. B. (2014). Conflictos y realineamientos de los actores sociales y políticos durante el gobierno de Néstor Kirchner. *Revista Sudamérica*. (3). pp. 27-50.
- Mustapic, A. M. (2005). Inestabilidad sin colapso. La renuncia de los presidentes: Argentina en el año 2001. *Revista Desarrollo Económico*. 45(178). pp. 263—280.
- O'Donnell, G. (1994). Delegative Democracy. *Journal of Democracy*. (5). pp. 55-69.
- Ohanian, B. i. (2018). *Condiciones de posibilidad y efectos de poder de la articulación entre memoria y derechos humanos en la presidencia de Néstor Kirchner*. [Tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires]. Disponible en: <http://repositorio.sociales.uba.ar/collections/show/3>
- Ollier, M. M. (2010). El liderazgo presidencial: Síntoma de un patrón sudamericano (el caso argentino 2003-2007). *XXIX Congreso Internacional de Latin American Studies Association*. Canadá.
- Ollier, M. M. (2014). Presidencias dominantes y oposición fragmentada: una construcción política Néstor y Cristina Kirchner (2003-2011). *Documentos de trabajo de la Escuela de Política de Gobierno*. Universidad Nacional de San Martín.
- Pérez-Liñán, A. (2009). *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rapoport, M. (2020). *Historia económica, política y social de la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Crítica. Capítulo 9.
- Retamoso, S. y Di Bastiano, R. (2017). Los movimientos sociales en Argentina. Ciclos de movilización durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (2003-2015). *Cuadernos del CENDES*. (95). pp. 117-153.
- Thwaites Rey, M. (2003). *Las (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Thwaites Rey, M. y Ouviaña, H. (2018). *Estados en disputa: auge y fractura del Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo.



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina

- Torre, C. (2003). Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico y Social*. 42 (168). pp. 647-665.
- Tsebellis, G. (2006). *Jugadores con veto: cómo funcionan las instituciones políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wainfeld, M. (2016). *Kirchner, el tipo que supo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Zelaznik, J. (2012). Las coaliciones kirchneristas. En A. Malamud y M. De Luca (comps.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA.